

UN LIBRO DE DESCUBRIMIENTO DE AB

El Camino del Bebé

La vida de los bebés adultos



CECILIA BENNET
BABY MIKEY
ALEX WILLSON

El Camino del Bebé: La vida de los bebés adultos (Vol 1)

por
Cecilia Bennet y otros

Primera publicación: 2026

Derechos de autor © AB Discovery

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, transmitida en ninguna forma, por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso previo por escrito del editor y del autor.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, o con hechos reales es una coincidencia.

Volantes y volantes... para niños

Título: El camino del bebé Vol 1

Autora: Cecilia Bennet

Editor: Michael Bent, Rosalie Bent

Editorial: AB Discovery

© 2026

www.abdiscovery.com.au

CONTENIDO

El Camino del Bebé: La vida de los bebés adultos (Vol 1)	2
Volantes y volantes... para niños	8
Capítulo uno: La boutique after-hours	9
Capítulo dos: Un niño llamado Eli	13
Capítulo tres: Rastros	17
Capítulo cuatro: La dignidad en capas	21
Capítulo cinco: Probando las aguas	24
Capítulo seis: Mamá y yo	27
Capítulo siete: La habitación especial	30
Capítulo ocho: Se corre la voz	33
Capítulo Nueve: Botellas y Disciplina	36
Capítulo diez: ¿Buen chico ahora?	39
Capítulo Once: La Gran Reapertura	42
Capítulo doce : Su nombre es Lila	45
Capítulo trece: El salón de las momias	47
Capítulo catorce: Dos niñas pequeñas	49
Capítulo quince: Debajo de todo	51
Capítulo dieciséis: La puerta del probador	54
Capítulo 17: Epílogo: Un mundo más suave	58
Capítulo dieciocho: Emparejamiento en encaje	61
Capítulo diecinueve: Encaje y muestras de amor	64
Capítulo veinte: Las bragas en el casillero	67
Capítulo veintiuno: Una cita en encaje y lavanda	70

Volantes y volantes... para niños

Capítulo veintidós: Momias que sabían	73
Capítulo veintitrés: Su apropiado ajuste de princesa	77
Capítulo veinticuatro: Chicas que saben, chicos que florece	80
Capítulo veinticinco: La rutina de la pijamada.....	83
Capítulo veintiséis: Un nuevo tipo de niñez	86
Capítulo veintisiete: Una guardería para dos... y quizás uno más.....	89
Capítulo veintiocho: Conociendo a su bebé.....	92
El camino del artesano.....	95
Capítulo 1: El taller de la infancia.....	96
La guardería de la obra maestra	101
Capítulo 2: Una habitación propia	106
Capítulo 3: La cuna gemela para Simón y Leo	110
Capítulo 4: Para Elise	114
Capítulo 5: El secreto de Amelia	119
Capítulo 6: El sueño del señor Lawson	123
Capítulo 7: La vida gemela	128
Capítulo 8: Fin de semana con la señorita Tilly	133
Capítulo 9: Las dos semanas de infancia de Oliver	137
Capítulo 10: La guardería sin fronteras	141
Capítulo 11: El primer día de Morgan en la guardería....	146
Capítulo 12: Detrás de los patrones	149
Capítulo 13: Un lugar para su niña	152
Capítulo 14: El primer día de la eternidad.....	158
Capítulo 15: Un fin de semana con mamá Tilly.....	161

Volantes y volantes... para niños

Capítulo 16: Por fin en casa	164
Epílogo: Cincuenta guarderías y aún soñando	166
La saga de Peter Premie.....	169
Capítulo 1.....	171
Capítulo 2.....	181
Capítulo 3 – Los bebés usan pañales y otras cosas divertidas:.....	191
Capítulo 4 – El nuevo bebé de Mandy	198
El concurso de bebés	206
Capítulo uno – La invitación.....	207
Capítulo dos – Evaluación del bebé	210
Capítulo tres – Primeros pasos en el entrenamiento.....	212
Capítulo cuatro – La primera visita	215
Capítulo cinco – Regresión más profunda.....	219
Capítulo seis – La segunda visita	222
Capítulo Siete – El último empujón hacia los 0-9 meses	225
Capítulo ocho – La visita final.....	227
Capítulo Nueve – El Viaje de Investigación.....	230
Capítulo diez — Dejando atrás los meses	233
Capítulo Once – La Conspiración del Bloqueo de Edad	236
Capítulo doce – Una mano colectiva en la infancia	239
Capítulo trece: La preparación del desfile	243
Capítulo catorce: Entrenamiento intensivo	247
Capítulo Quince – El Secreto Oculto	261
Capítulo dieciséis - La regresión final y la preparación del desfile	263

<i>Volantes y volantes... para niños</i>	
Capítulo diecisiete – La lactancia materna	266
Capítulo dieciocho – El primer desfile público	270
Capítulo diecinueve – La vida después del concurso: completamente asentada.....	273
Capítulo veinte – La propuesta.....	276
Capítulo veintiuno – Negociación y entrega.....	279
Capítulo veintidós – Estableciéndose para siempre	283
Capítulo veintitrés – Nuevos comienzos.....	286
Capítulo veinticuatro – Planificación y preparación	289
Capítulo veinticinco – Evaluación inicial e inmersión.....	293
Capítulo veintiséis – La primera semana de inmersión total	297
Capítulo veintisiete – El regreso a la infancia.....	300
Capítulo veintiocho – La primera salida	303
Capítulo veintinueve – La reunión familiar	306
Capítulo treinta – La guardería compartida.....	309
Capítulo treinta y uno – Abriendo las puertas de la guardería.....	311

Volantes y volantes... para niños

Capítulo uno: La boutique after-hours

Simone giró el letrero luminoso de la ventana de la puerta a «Solo citas por la tarde - Llamar», y luego cerró con un clic satisfactorio. Afuera, los últimos rayos de la tarde de Rosevale se desvanecían en ámbar, las sombras se acumulaban en los bordes de Dovetail Street como té extendiéndose sobre lino. Dejó caer la cortina sobre la puerta principal y regresó al suave silencio de la tienda. La boutique estaba en silencio ahora. Inmóvil.

Desde la calle, *la sección de Lencería e Intimates de Simone & Carol* desprendía un encanto cortés y ligeramente nostálgico, con exhibiciones forradas de encaje, elegantes tonos pastel y música clásica seleccionada que se filtraba en la acera. Pero después de hora, una vez empaquetado el último sujetador y lavadas las tazas de té, algo más cobraba vida.

Carol salió del probador con una camisola color crema doblada en sus manos.

"Tres esta noche", dijo. "Todos chicos. Todos acompañados".

Simone levantó la vista del libro de citas. "¿Otra vez?"

Carol asintió, con una sonrisa irónica en la comisura de sus labios. "Parece un patrón, ¿verdad?"

Simone cerró el libro. "¿Sabes? Antes pensaba que las citas fuera de horario no serían más que compras nocturnas para damas de clase media con derecho a todo."

"Y ahora somos un santuario." Carol colocó la camisola con cuidado sobre un estante acolchado de satén. "La delicadeza escasea por ahí."

Simone no estaba en desacuerdo.

Todo había empezado sutilmente: primero un hombre tímido de unos cuarenta años, acompañado por una hermana que preguntó en voz baja si tenían «algo delicado, talla 38, pero con un tiro más alto». Luego, un adolescente cuya tía le explicó en voz baja que «quería entender qué hacía que la lencería fuera especial». Después,

Volantes y volantes... para niños

las madres empezaron a llegar. Siempre con cita previa. Siempre fuera del horario laboral.

Una había traído a su hijo con el pretexto de una salida de cumpleaños. Otra, con voz firme y desafiante, dijo: «Se pone lo que quiere. Quiero que le quede bien, con cuidado». No siempre era fácil. Algunos chicos temblaban en los probadores. Otros lloraban en silencio al verse en el espejo, con sus delgadas figuras envueltas en suave algodón y encaje. Y Carol, directa, amable y perspicaz, siempre parecía saber qué decir.

"Apenas empezamos a comprender para quién estamos aquí realmente", dijo Simone, alisando con delicadeza una hilera de sujetadores color pastel. "Hay algo más profundo sucediendo. Algo tácito".

Carol asintió. "Sigamos siendo el lugar donde no tienen que dar explicaciones".

La puerta vibró suavemente. Simone pulsó el botón de apertura. Una mujer entró con un chico delgado a su lado. Tendría unos quince años, era alto, de hombros suaves, llevaba una sudadera que le quedaba grande y las mangas metidas en los puños. Miró al suelo al entrar, como si las estanterías estuvieran llenas de objetos preciosos que no estaba seguro de poder tocar.

—Bienvenida, Miriam —dijo Carol con una cálida sonrisa—. Y tú debes ser Christopher.

Christopher asintió levemente.

—Nos alegra mucho volver a verte —añadió Simone con dulzura—. Hemos reservado algunas cosas, por si acaso quieres probar algo nuevo.

Miriam sonrió agradecida. «Lleva hablando de ello toda la semana».

Carol señaló hacia la parte de atrás. "Pasen. He preparado el probador de color melocotón. Es el más acogedor".

Dentro del espacio tenuemente iluminado, Carol sacó tres conjuntos a juego : uno de suave algodón lila con ribete de encaje, otro de satén azul cielo pálido y un tercero con cintura alta y bordes festoneados. «Todos están diseñados para la comodidad», explicó,

Volantes y volantes... para niños

sosteniendo uno a contraluz. «Sin moldear, sin varillas, solo suavidad y sujeción».

Christopher dio un paso adelante, casi de puntillas, con los ojos muy abiertos. Extendió la mano hacia el conjunto de satén azul y se detuvo.

Simone sonrió. "¿Te gustaría probar ese primero?"

Él asintió, aún sin mirarla a los ojos.

Mientras Simone corría la cortina, Miriam se sentó suavemente en el banco acolchado, cruzando las manos sobre su regazo.

"Ha estado... callado al respecto hasta hace poco", dijo en voz baja. "Pero creo que lo lleva dentro desde hace mucho tiempo".

Carol sirvió dos tazas pequeñas de té de manzanilla y me entregó una. "¿Y tú lo apoyas?"

—Por supuesto. —La voz de Miriam era tranquila, firme—. Pero quería que tuviera a alguien más. Alguien que pudiera guiarlo.

Tras la cortina, se oyó un roce de tela y una pausa. Luego, tímidamente, "¿Mamá?"

"¿Sí, cariño?"

"¿Puedo... puedo mostrarte?"

"Por supuesto."

La cortina se descorrió apenas unos centímetros. Christopher salió, con la barbilla gacha y las mejillas sonrojadas. El sujetador de satén se ajustaba con suavidad a su estrecho pecho y las bragas se ajustaban perfectamente a sus caderas. El chico se miró al espejo, levantando la vista rápidamente, y entonces se quedó paralizado, con la respiración entrecortada.

Carol lo reconoció... ese instante en que la incomodidad dio paso al reconocimiento. A la alegría.

—Estás preciosa —dijo Miriam con voz firme—. Absolutamente preciosa.

Tragó saliva. "Se siente bien".

Simone entró en silencio. "¿Te gustaría probar el algodón lila ahora?"

Él asintió.

Volantes y volantes... para niños

El resto de la prueba transcurrió en un silencio soñador. Christopher habló poco, pero cada vez que salía con un nuevo conjunto, se erguía un poco más alto, un poco más completo.

Al terminar, Carol envolvió las piezas elegidas en papel de seda, de color lavanda, por supuesto, y le entregó la bolsita blanca a Christopher. Él la tomó con ambas manos, como si fuera algo sagrado.

Al irse, Miriam se volvió hacia Simone. «Hay más niños como él. Más madres como yo».

Simone asintió. «Envíanoslos entonces. Estaremos listos».

Más tarde esa noche, cuando el último té se enfrió y las luces se atenuaron, Simone y Carol se sentaron detrás del mostrador, en silencio, absortas en sus pensamientos.

—Necesitamos más tallas —dijo Carol en voz baja—. Y estilos más suaves. Colores pastel, copas sin estructura, bandas elásticas más anchas. Cortes juveniles. Quizás camisolas.

Simone asintió lentamente. «Y más espacio para cambiarse. Un segundo probador».

“Tendremos que reorganizar los estantes delanteros”.

“Haremos espacio.”

Observó su pequeña y hermosa boutique, con paredes rosadas y la intimidad que se respiraba en cada rincón. Una corriente fluía ahora por su negocio, algo sutil y profundo. No lo habían planeado. Pero sabían lo suficiente como para confiar en ella.

"¿Villancico?"

"¿Hmm?"

"¿Alguna vez pensaste que fuimos elegidos para esto?"

Carol soltó una risita. "No. Pero creo que estábamos *listos* cuando llegó el momento".

Durante mucho tiempo no dijeron nada más.

Capítulo dos: Un niño llamado Eli

Una lluvia silenciosa golpeaba las ventanas al anochecer sobre Dovetail Street. Dentro de la boutique, la cálida luz de las farolas suavizaba cada rincón, tiñendo los encajes de acuarela. Carol terminó de doblar un nuevo envío de camisolas color melocotón mientras Simone revisaba las citas de la noche.

«Christopher y Miriam a las seis y media», dijo. «Y una pareja nueva a las siete: Jocelyn y su hijo, Eli. Primerizos».

Carol levantó la vista. «Los primerizos siempre llegan temprano. No quieren chocar con nadie más».

Tenía razón. A las seis y veinticinco, sonó el timbre y la puerta se abrió con un crujido.

Christopher entró primero, con la capucha bajada esta vez. Su postura había cambiado, sus hombros más relajados, y sus ojos se encontraron con los de Carol sin pestañear. Llevaba una sudadera rosa suave y vaqueros ajustados. No dijeron ni una palabra, pero la elección del color hizo sonreír a ambas mujeres.

Miriam la seguía de cerca, con la lluvia en sus rizos. «Lleva puesto el conjunto azul todas las tardes», dijo en voz baja, con orgullo pero sin fanfarria. «Lo prepara todo él mismo. Lo dobla como si fuera su uniforme».

Christopher se removió, casi tímido. "Lo traje en una bolsa de lavandería. Esperaba que pudieras enseñarme a lavarlo a mano".

Simone se llevó una mano al corazón. «Claro, cariño. Ven a la parte de atrás. Lo haremos juntas».

Entraron al probador trasero, ahora sutilmente remodelado con un segundo probador, ambas vestidas con estampados florales y terciopelo rosa, y un espejo largo con una delicada retroiluminación. Carol había colocado un jarrón alto de cristal con peonías frescas entre ellas.

Mientras Simone le mostraba a Christopher el método de lavado a mano (remojar, presionar suavemente, enjuagar y secar con una toalla), Carol guió a Miriam hacia el estante de recién llegados.

Volantes y volantes... para niños

—Creo que podría estar listo para algo un poco más estructurado —murmuró Miriam—. No moldeado, solo... un poco más maduro.

Carol asintió pensativa. "Algo así", dijo, sacando un sujetador rosa pálido de copa suave con tirantes de satén más anchos. "Aun así, suave, pero con la definición justa para recordarle que él lo elige".

Miriam trazó el borde del encaje con el dedo. «Exactamente».

Desde atrás, Simone llamó: "¿Carol? ¿Puedes traerme el par con estampado de conejito de la nueva línea?"

Carol arqueó una ceja. "¿Pidió una copia?"

"Aparentemente los vio en el estante y dijo que parecían *divertidos*".

Miriam casi se rió. «Es como verlo volver en sí».

Exactamente a las siete sonó la segunda campana.

Jocelyn era alta, delgada y tensa. Su hijo, Eli, la seguía como una sombra, con la capucha baja, las mangas largas cubriéndole las manos y la mirada fija en el suelo. Tenía unos trece o catorce años, y su quietud se percibía más como miedo que como calma.

Simone dio un paso adelante. «Tú debes ser Jocelyn. ¿Y Eli?»

Jocelyn asintió levemente, insegura. "No estábamos seguros. Preguntó. No pensé... O sea, siempre ha sido callado. Pero últimamente ha estado... ocultando cosas".

La expresión de Carol se suavizó. "¿Y hoy?"

"Le dije que podíamos entrar a echar *un vistazo*". Jocelyn echó un vistazo a su alrededor, fijándose en los tonos ruborizados y los pulcros expositores. "No ha dicho ni una palabra en todo el camino hasta aquí".

Simone se inclinó un poco, suavizando el tono. «Eli, no tienes que hacer nada. Puedes simplemente mirar. O sentarte. O escuchar».

Los ojos de Eli se alzaron por un instante. Eso fue todo.

Simone se hizo a un lado y los dejó caminar. Jocelyn caminó lentamente por la tienda, deslizando los dedos por el suave algodón y satén. Eli la siguió de cerca hasta que llegaron a un cajón inferior con bralettes plegables en tonos suaves: menta, gris nube, crema de mantequilla.

Volantes y volantes... para niños

Se arrodilló sin decir palabra y pasó los dedos sobre uno. Era azul pálido, con pequeños lazos blancos cosidos a lo largo de la banda. Apenas un toque de encaje. Solo suavidad.

—Le gusta esa —dijo Jocelyn en voz baja—. Cree que no lo sé, pero... he encontrado cosas. Ha estado tomando prestado.

Carol se acercó lentamente. "¿Te gustaría probártelo, Eli?"

Eli parpadeó dos veces y no habló.

—Puede que sí —dijo Jocelyn con dulzura—. Creo que tiene miedo de que se sienta mal.

"¿Te gustaría tocar la tela primero?", ofreció Carol. "No hay probador. Solo sostenla".

Ese pequeño gesto pareció aliviar algo. Eli extendió la mano, tomó el bralette y lo apretó suavemente entre las palmas. Un sonido apenas audible escapó de sus labios. Como un suspiro. O alivio.

Unos minutos después, Jocelyn y Eli estaban en el segundo probador. Carol se quedó cerca, guiándolos con delicadeza.

Tómate tu tiempo, cariño. Si no te parece bien, podemos parar.

Tras la cortina, se oyó un crujido. Luego, silencio. Entonces, inesperadamente, se oyó una voz.

"Se siente... como si no estuviera fingiendo."

Jocelyn, sentada afuera, bajó la mirada hacia su regazo, parpadeando para recordar algo que no podía identificar.

Carol miró a Simone, que se había unido a ellos en silencio. "Es el cuarto este mes que dice casi exactamente eso", murmuró.

Simone ladeó la cabeza. "¿Qué dices?"

"Que esto parezca *real*. Que pertenezca a algo."

Se quedaron en silencio por un momento mientras la lluvia arreciaba nuevamente afuera.

Eli salió unos minutos después. Todavía callado, todavía a la defensiva, pero con las mangas arremangadas, se dirigió solo al espejo. Simone le ofreció unos calzoncillos a juego. «Solo si los quieres».

Él los tomó sin dudarlos.

Después de que se fueron, con Eli agarrando una bolsa blanca sencilla contra su pecho, Simone cerró la puerta lentamente y exhaló.

Volantes y volantes... para niños

“Están llegando más jóvenes”, dijo en voz baja.

Carol asintió. «Y no piden fetiches. Ni fantasías».

—No —coincidió Simone—. Piden dulzura. Seguridad. Un lugar donde ser vistos.

Hizo una pausa y luego agregó: “Y todos vienen con mujeres que *ya lo saben*”.

Carol se giró hacia la tetera. “No solo probamos sujetadores, ¿sabes?”

Simone la miró.

“Estamos incorporando una parte de ellos que antes nunca existió”.

Capítulo tres: Rastros

Comenzó, como sucede con muchos descubrimientos, en silencio.

Carol estaba ordenando los cajones de la vitrina un martes por la tarde cuando notó una tenue sombra rosa en el borde de un conjunto de camisola que habían devuelto a la barra de pruebas. La olió automáticamente. Era detergente de lavanda, nada raro. Pero el recuerdo se quedó grabado en su memoria.

Esa misma semana, Simone tomó nota después de una prueba nocturna con un chico llamado Marcus. De quince años, de complexión delgada, piel pálida y rostro sonrojado durante toda la prueba. Él hizo una ligera mueca cuando ella le abrochó la parte trasera de un bralette de algodón suave.

“¿Demasiado apretado?” preguntó ella suavemente.

—No —dijo rápidamente—. Solo me duele ahí.

Le había pedido que la mirara. Con profesionalidad, con delicadeza. Alrededor de la parte baja de la espalda y las caderas, unas tenues bandas rojizas le cubrían la piel. Marcas. Como si algo elástico se hubiera clavado demasiado tiempo.

—¿Tu ropa interior, cariño? —preguntó con delicadeza—. ¿Te resultó incómoda?

Él asintió rápidamente y se bajó la camisa. Simone lo soltó. Pero en su libro de cuentas esa noche, escribió en voz baja: « *¿La visible irritación de Marcus, cintura? No era la primera vez.* ».

Dos noches después, Carol ayudaba a otro niño, Owen, de trece años, con su primer conjunto completo: un bralette color menta pálido, suave para dormir, y calzoncillos de algodón de corte alto. Su madre, Diana, observaba desde un lado, con los brazos cruzados.

Carol ayudó a Owen a entrar al set lentamente, ajustando suavemente las correas.

"Lo estás haciendo muy bien", susurró.

Volantes y volantes... para niños

Entonces, al girarse hacia el espejo, Carol volvió a ver lo mismo: alrededor de la parte superior de sus muslos y a través de la curva de su bajo vientre. Débil, pero inconfundible.

Sostuvo la mirada de Diana. "¿Ha tenido problemas con las rozaduras?"

Diana pareció sorprendida. "¿Irritación? No..."

Entonces su rostro cambió. Un destello de vergüenza, y luego algo más. Alivio, tal vez.

—Bueno, no exactamente —dijo tras una pausa—. Es... de su pijama.

Carol esperó, silenciosa y cálida.

—Sigue mojando la cama —dijo Diana en voz baja—. Usa... pañales de tela. Yo misma los sujeto con alfileres. Uso calzoncillos de plástico encima, pero siempre me da miedo que le queden demasiado apretados. Le dejan marcas, sobre todo si ha estado dando vueltas.

Ella miró a Owen, que ahora se estaba inspeccionando en el espejo, absorto en silencio.

"Eres la primera persona a la que le preguntan por las notas sin juzgarme", añadió Diana.

Carol mantuvo la voz neutral y amable. "Hemos visto a algunos últimamente. No estás sola".

Diana parpadeó. "¿En serio?"

Carol asintió. «No lo sabíamos. Pero quizá sea algo a lo que deberíamos empezar a prestar atención».

Esa noche, después de que la tienda cerrara, Carol y Simone estaban sentadas en la trastienda tomando té verde. Simone hojeó el libro de contabilidad.

Marcus. Owen. La semana pasada había un chico, Sammy, con las mismas marcas rojas. No dije nada, pero parecían iguales.

Carol suspiró. «Diana estaba abierta. Dijo pañales. Pañales de tela con alfileres. Braguitas de plástico».

Simone levantó la vista, con las cejas enarcadas. «Eso es... muy específico».

"No estaba avergonzada", dijo Carol. "Solo cansada y agradecida de que la tomaran en serio".

Volantes y volantes... para niños

Hubo silencio por un momento.

—Hemos estado ofreciendo un servicio especial —murmuró Simone—. Pero quizá algunos también necesiten protección. Una protección diferente.

Carol asintió lentamente. «Y orientación. Las madres lo están haciendo casi solas. Se les nota en la cara».

Simone se puso de pie y caminó lentamente por la habitación, rozando con los dedos los bordes de las combinaciones dobladas y los conjuntos de sujetadores.

"Me pregunto", dijo finalmente, "cuántos de ellos lo usan por necesidad y cuántos por comodidad".

"Probablemente ambos", dijo Carol.

Volvieron a quedar en silencio. Una tormenta se cernía a lo lejos, con truenos que retumbaban como un niño dormido.

Simone se volvió hacia Carol. «Creo que deberíamos empezar a escuchar con más atención».

La noche siguiente, Miriam regresó con Christopher.

Llevaba un vestido suave sobre leggings y un cárdigan color crema pálido. Llevaba el pelo ligeramente crecido, peinado con cuidado hacia un lado. Parecía... como en casa. Después de la prueba, Carol acompañó a Miriam hacia la caja.

"¿Puedo preguntarte algo personal?" dijo Miriam de repente.

"Por supuesto."

Cuando haces estas pruebas... ¿alguna vez notas... señales? O sea, físicas.

Carol asintió levemente.

Miriam exhaló. «A veces todavía se hace pis. No solo por la noche. Hemos probado los pull-ups, pero le hacen sentir *mal*. Son demasiado infantiles. Dice que no le quedan bien».

Carol pensó un momento. "¿Te sentirías mejor si hubiera opciones más... dignas? Que siguieran siendo protectoras. Que siguieran siendo efectivas. Pero... suaves. Hermosas."

Los ojos de Miriam se abrieron de par en par. "¿Llevarías cosas así?"

"Estamos empezando a considerarlo".

Volantes y volantes... para niños

Miriam le apretó la mano a Carol. «Por favor. Somos más de lo que crees».

Esa noche, Simone escribió una nota tranquila en la última página del libro de pruebas.

Necesidad emergente. La suavidad no es solo comodidad. Para algunos, es cuidado. Para otros, necesidad. Empieza a buscar ropa interior discreta y de soporte. Explora opciones lavables. Considera una señalización discreta. No buscan compasión. Buscan comprensión.